

Tres crisis

Salvador E. Subirá

La llegada de Castro al poder en Cuba fue un acontecimiento continental. La fórmula de la guerrilla, derrotando a un ejército regular tenía magia, y sedujo a la opinión pública de países que sentían algunas dudas sobre lo apropiado de sus sistemas políticos.

En el interior de Cuba hubo una efervescencia de los valores cívicos y una disposición solidaria para enmendar los errores y hacer una república renovada. Con el ejército histórico desbandado y con partidos políticos demeritados por su incapacidad para derrocar la dictadura de Batista, el nuevo régimen tuvo campo libre para desarrollar sus planes.

Una extraña dilación para restablecer las instituciones políticas que reclamaba el país, una manipulada demonización de los EE.UU. más allá de lo justificable, la represión creciente de toda expresión crítica del Gobierno, evidencias claras de que muchos comunistas históricos accedían a posiciones de poder y, sobre todo, comprobar que Castro mentía diciendo una cosa pero obrando otra, dieron lugar a una oposición que desde su inicio el Gobierno reprimió de forma desleal y brutal, hasta dejar institucionalizado el llamado «terror revolucionario». Así se inició el Presidio Político.

El fracaso de la invasión de Playa Girón dio oportunidad al régimen para declarar abiertamente su condición «socialista» y para justificar que el pueblo quedara así prisionero en un Estado totalitario. Para fines de 1961 el presidio político ya era numeroso y llenaba a plena capacidad los enormes edificios del Presidio Modelo de Isla de Pinos, sin contar los que estaban en proceso de juicio revolucionario o con causas menores en cárceles provinciales. Su composición era heterogénea. Militares del ejército republicano, políticos del desaparecido Congreso o puestos públicos, obreros sindicalistas o de convicción democrática solamente, campesinos y pequeños terratenientes, periodistas, estudiantes de secundaria, universitarios, profesionales y hombres de empresa. Un conjunto representativo del carácter popular de la oposición al régimen castrista.

Nosotros llegamos al presidio el 27 de septiembre de 1961. Las numeraciones de recluso habían empezado en los 24 mil y a nosotros nos tocó del 28900 en adelante. Con los días vendrían fotografías donde cada cual aparecería con su número en fotos de frente y de perfil, con cabellera normal y también con la cabeza afeitada.

En aquel tiempo el presidio de Isla de Pinos era más tranquilo que las galeras de la Fortaleza de La Cabaña. Al menos ahora no escucharíamos las sesiones de fusilamientos nocturnos ni los tiros de gracia repetidos sobre inermes compañeros que nos habían acompañado en la lucha o durante varias semanas en las propias galeras. Tampoco escucharíamos los gritos y abucheos soeces con que los increpaban y vejaban antes del fusilamiento, muchos revolucionarios fanáticos que asistían a la ejecución como visitantes y por propio y morboso deseo. Repito, al menos la Isla en aquel tiempo, parecía un sitio más tranquilo, con la excepción de unas sesiones irregulares y estridentes de martillos neumáticos sobre los dos muros circulares de concreto que se extendían alrededor de todo el edificio y servían de base estructural a los cinco pisos superiores de celdas.

La versión de los presos que nos habían precedido, que se basaba en que ya cuando Girón los militares habían introducido dinamita en los edificios, nos ponía en la pista siniestra de que estos trabajos preparaban las condiciones para dinamitar las cuatro Circulares y exterminarnos masivamente en cualquier momento que el régimen lo decidiera. Y lo peor era que, de acuerdo con lo que ya habíamos vivido en La Cabaña, esta versión era la lógica esperar.

Al espacio entre los dos muros circulares de concreto le llamábamos «túnel», aunque para la claridad diurna ambos muros concéntricos tenían pequeñas aberturas cuadradas y fuertemente enrejadas.¹ Pero para iniciar estos trabajos se tapiaron primero las aberturas del anillo interior que daban a la planta baja central accesible a los prisioneros. En algunas oportunidades las barrenas traspasaron el muro y a través de esos orificios podía verse una serie de cavidades e intervalos de cuatro pies, a una altura entre dos y tres pies sobre el piso. Cada cavidad tenía alrededor de un pie de profundidad y ocho pulgadas de diámetro.

Cuando terminó este trabajo en la estructura de las cuatro Circulares se excavó una zanja desde la número 1 a la 2 y también de la 3 a la 4. Después otras zanjas que saliendo desde la 2 y la 3 llegaban a unirse en una sola dirigida hacia el oeste hasta subir unos cuantos metros por la ladera de la Sierra de Casas. Allí terminó la excavación y en su final se construyó una caseta rústica y pequeña. El siguiente paso fue la colocación de tuberías plásticas debidamente conectadas y alambradas en todas las zanjas hasta la caseta en la ladera de la loma. Luego las zanjas se rellenaron de nuevo y pronto creció la yerba sobre un ligero camellón que acusaba el recorrido de la instalación. Todo quedaba listo, pues, para la colocación del explosivo y su eventual uso.

En el exterior de Cuba, y en poco tiempo, las clases políticas supieron que el acontecimiento cubano no sólo era antidemocrático sino también comunista y subversivo para toda la América Latina. Estaba claramente expresado en la frase revolucionaria de que la Cordillera de los Andes sería la Sierra Maestra de América Latina. La situación fue debatida en todos los organismos

¹ La Circular 2 no tenía aberturas hacia el patio central.

regionales y alegó su conclusión a raíz de Girón, con la propia declaración del régimen cubano sobre su condición de «socialista» y aliado de la URSS.

La prensa de izquierda, los grupos izquierdistas y los comunistas del mundo salieron a defender la postura del régimen y a influir emocionalmente en la opinión pública de toda América y el mundo para que se aceptara la presencia comunista en Cuba como un progreso político y una esperanza para la región. Tomó algún tiempo decidir a los gobiernos, pero finalmente llegó el momento de definir una acción política continental contra la presencia comunista en la Isla y su expansión por América Latina. Ése era punto principal en la agenda para la reunión de Punta del Este (Uruguay) a comienzos de 1962, a donde el Gobierno cubano envió, para su defensa, a Ernesto Guevara y al presidente Osvaldo Dorticós.

En vísperas de la reunión en Uruguay, poco después de la 8:00 p.m., en la oscuridad de la noche, se vio entrar una comitiva de camiones al área del Presidio que se fueron separando y dirigiendo a las entradas de las cuatro Circulares. Una vez allí pudimos ver que traían tropa y carga en numerosos embalajes de madera rústica. La tropa procedió enseguida a la descarga e introducción de las cajas en el túnel. En la Circular 2 contamos 50 cajas. No había duda de que había llegado la hora. Y así las esperanzas de que en Punta del Este hubiera acuerdos que favorecieran nuestra causa cedieron su paso al enfrentamiento de la misma muerte. Primero fue un gran murmullo nervioso y luego un silencio terrible. Ésa fue una noche de reflexiones profundas y también de oración en grupo como preparación para lo que parecía inevitable.

A la mañana siguiente tuvimos la innecesaria confirmación de lo que ya sabíamos. Las cajas vacías amontonadas en el exterior lo expresaban bien claro en sus rótulos: «TNT», «Gross Weight: 48 kgs.», «Net Weight: 40 kgs», y lo más inesperado, «Made In Canada». Y por los orificios accidentales en el anillo de concreto interior, se veía ahora instalado en cada cavidad un cilindro de color amarillo claro con un hueco en el centro. También se veían cables eléctricos y otro cordón más grueso que hacía el mismo recorrido de cilindro en cilindro.

Pero todavía no se juzgó suficiente y trajeron 15 cajas más para detonar también la torre central de vigilancia a la que se llegaba subterráneamente por un verdadero túnel. Así esta explosión central aseguraría el resultado de aniquilarnos a todos en un abrir y cerrar de ojos.

Si sumamos, veremos que 50 cajas más 15 cajas multiplicadas por 40 kgs. da un resultado de 2,600 kgs. para la Circular 2. En las otras Circulares había una instalación semejante.

La reunión de Punta del Este fue sumamente hostil al régimen cubano, pero de ella no se derivó ninguna acción inmediata ni a largo plazo. Sin embargo, nosotros seguiríamos viviendo arriba de un polvorín listo para explotar. Entre los presos había un nacional chino que había laborado en la Alemania nazi, luego al servicio de Trujillo en Santo Domingo, y que llegó a Cuba en los últimos días de diciembre de 1958 para ofrecerle armas a Batista.

Fue hecho prisionero por el nuevo régimen y condenado. Este prisionero era una verdadera autoridad en armamentos y explosivos y nos decía muy gratificadamente que «ése sería el primer satélite cubano en órbita alrededor de la Tierra» y que abajo sólo quedaría un cráter. Pero, precisamente por ello, no podíamos esperar pasivamente. Nuestro deber era tratar de encontrar un medio para salvarnos.

Nada une tanto como el estar en una situación extrema que amenaza a todos por igual. En aquellos días se experimentó la solidaridad. Militares de Batista y revolucionarios que lo combatieron, ahora estaban del mismo lado en aquella desigual batalla. En las cuatro Circulares se aguzaba el ingenio para considerar posibilidades y decidir la mejor opción. Pero además, se sabía que los edificios dependían no sólo de sus trabajos de desactivación, sino también de los que se hicieran en los edificios contiguos.

En la Circular 4 había bastante más de mil prisioneros y entre ellos había militares profesionales y técnicos en explosivos que se organizaron discretamente en comisiones de autodefensa para actuar. Su primer objetivo fue desactivar los detonadores, pero manteniendo la apariencia de que estaban intactos para que no quedasen delatadas sus contramedidas. En menos de cinco días ellos lograron entrar al túnel y desactivar el sistema de detonación; lo hicieron de tal forma que en una simple inspección no descubrieran el sabotaje del sistema. Además pudieron obtener muestras de TNT. El acceso al túnel se hizo a través de uno de los espacios cerrados que recorrían toda la altura del edificio para las instalaciones hidráulicas y sanitarias. A esos espacios les llamábamos «chavos» y todas las instalaciones estaban inoperantes. A través de uno de ellos, un prisionero muy delgado y ágil, pudo ver e informar sobre todos los detalles de la instalación. Este conocimiento permitió estudiar y decidir el rumbo a seguir.

Se decidió cortar el cordón de primacord y se vació un tramo de cada uno de los extremos, del TNT en polvo que contenía. Con ello se rompía la continuidad del explosivo y, mediante un tubito de vacuna antiúfica, para darle forma, se volvieron a unir los extremos y se cosieron uno al otro. Para desactivar el sistema eléctrico compuesto por dos cables, se calculó cuál sería la forma más lógica de chequear el sistema periódicamente también. Al fin se optó por pelar los cables en cierto lugar discreto y se les unió para un pequeño corto circuito que desviaría la corriente de retorno. Pero estos fallos de los dos sistemas instalados no nos iban a proteger por mucho tiempo. Un simple cañonazo o una granada podrían consumir el desastre. Por ello, los técnicos confeccionaron granadas caseras con alguna parte de los explosivos sustraídos. Asimismo se hicieron mechas rudimentarias con fósforos y todo se escondió de forma que no fueran descubiertos en las posibles requisas que les hicieran.

También algunos habían destilado vino de frutas descompuestas y redestilándolo varias veces se llegó a un alcohol de suficiente concentración para sustituir el kerosene normal de nuestros reverberos. Estos reverberos podían, y se comprobó, funcionar como lanzallamas rudimentarios con un alcance de 3 a 4 metros. Todas estas cosas eran sumamente riesgosas, pero se lograron por la necesidad y el deseo de supervivencia.

En la Circular 2 estaba la causa completa del Escambray. Eran cerca de 500 entre alzados, campesinos de las montañas y miembros de los grupos de apoyo en los pueblos de la provincia de Las Villas. Ellos habían sido trasladados a la isla sin celebrarles juicio y un grupo como de quince, tenían petición fiscal de pena de muerte. El resto de presos que ocupaban la Circular 2 habían llegado mayormente desde La Cabaña después de ser juzgados y condenados. Eran mayoritariamente gente de la capital. La llegada de los explosivos creó un *shock* general, pero muy pronto aquellos hombres de lucha reaccionaron y aparecieron diversos planes más o menos viables y efectivos. Pero pronto se destacó como plan principal la excavación de un túnel real que nos diera acceso al llamado túnel de los explosivos en el momento crítico. Ello planteaba diversos y serios problemas:

1. ¿Dónde estaría la entrada al túnel real que no pudiera ser detectada en una requisa?
2. ¿Dónde se escondería la enorme cantidad de tierra de la excavación?
3. ¿Cómo se suministraría aire fresco y oxígeno a los excavadores que debían avanzar subterráneamente más de ocho metros?

Pero con unos cuantos días el plan quedó perfilado.

Pronto se decidió que la entrada del túnel real sería por un registro de drenaje situado debajo y cerca del arranque de una escalera que subía del patio central al primer nivel de celdas. Ello era posible, porque con la instalación de los explosivos, habían eliminado la posta interior de la torre central. Pero la escalera, además, protegería de la vista de los militares que hacían posta en el rastrillo de entrada de la Circular. Todo parecía bien, pero había que comenzar perforando una placa de concreto en el fondo del registro.

El túnel real empezó de modo poco usual. Esa noche, después que comimos el rancho, un grupo de prisioneros comenzó a repicar con tambores improvisados un ritmo pegajoso y fuerte, mientras otros coreaban los estribillos conocidos de esos ritmos. El grupo se fue desplazando por los pisos, mientras sumaba voces y hacía crecer el volumen del canto hasta hacerlo general por toda la circular. El que más sentíamos aquella noche era «tú ves, yo no lloro, tú ves». Aquello era catarsis de las tensiones vividas en los últimos días. Pero oculto en el fondo del ruido general, había excavadores con cinceles y mandarrias rudimentarias que trabajaban afanosamente hasta que dejaron abierta la entrada del túnel real nuestro. La plancha de grueso metal del registro le daba respetabilidad a su entrada. No todo el personal de la Circular había estado consciente, ni conocía los detalles, pero ciertamente había sido parte de iniciarlo.

A la tierra arcillosa de la excavación se le encontró un escondite ideal en los chavos de la plomería inoperante. La tierra era subida en cubos como si se tratase de baldes de agua izados con sogas hasta el sexto nivel sin celdas, y ya allí eran vaciados por la parte superior de los chavos mediante huecos abiertos en la placa. Una vez que se llenaban los cinco pisos de un chavo, se perforaba la placa superior para el siguiente.

Los «topos» trabajaban incansablemente durante el día, mientras algunos vigilaban para no ser sorprendidos por una requisa. En los primeros metros

del túnel se avanzaba con seguridad y sin riesgos, porque el techo del túnel nuestro era precisamente la placa de concreto que abarcaba toda la planta baja central.

Pronto hubo necesidad de resolver la tercera dificultad del aire fresco. Se resolvió con un fuelle, mediante conductos artesanales. No cabía duda que el plan de la Circular 2 era lento pero prometía ser efectivo.

Sobre la marcha se pensó que sería más conveniente que la desactivación se realizara ya sin esperar el momento crítico. La excavación podría salir 3 metros afuera del área del edificio, hasta encontrar los conductos de los sistemas de detonación desde abajo. Así se les podría cortar y hacer lo que mejor conviniera. Se sabía que esto requeriría entibamiento del tramo exterior para evitar el desplome de la superficie. Pero la guarnición vino en nuestra ayuda.

Un barrote cortado en una reja del primer piso que estaba en las inmediaciones de la acometida de detonación, le hizo temer a la guarnición que alguien pudiera sabotear el sistema desde la superficie. Y por ello, una mañana, trajeron una concretera pequeña, piedra, arena, cemento y con ellos vertieron una placa rústica y sin encofrado sobre el área de sus temores. Con ello nos aliviaban el trabajo de entibamiento y el riesgo de que la lluvia o un tiempo largo transcurrido, asentase la tierra y quedase expuesto nuestro trabajo. Cabe añadir, como un desarrollo posterior de esta experiencia, que en años siguientes, ya en Cuba, se excavarían otros túneles en La Cabaña y en las cárceles de Sandino y Morón.

En la Circular 1 se decidió entrar directamente al túnel desde la planta baja. Esto era posible en esa Circular, porque el anillo interior que soportaba las plantas superiores, tenía unas pequeñas aberturas enrejadas hacia el túnel. Ciertamente estaban además cerradas con ladrillos, pero eso no era obstáculo de consideración.

Una mesa rústica, cubierta por una frazada cayendo por sus lados hasta el piso, un tablero de ajedrez con piezas artesanales y dos pensativos jugadores, completaban la pantalla para ocultar la escena en la pequeña abertura.

Allí se cortaron los barrotes cuadrados de más de 1 pulgada de lado y se pasó a escarbar el mortero endurecido de las juntas de los ladrillos, lo que permitió poderlos sacar con cuidado hasta dejar libre la abertura y tener el acceso necesario. Esto ocurría por el mediodía y debía ser terminado antes de la comida, porque después la posta exigía dejar la planta baja desierta. El trabajo de desactivación fue el lógico y semejante al realizado en la Circular 4. Se cortó la continuidad del cordón de primacord y se vaciaron sus extremos hasta dejar un metro sin explosivo. Entonces se refijaron los extremos con un anclaje de alfileres que podía resistir el halón de cualquier verificación. El detonador eléctrico también fue desactivado con un puente similar al de las otras Circulares. Terminados ambos trabajos se volvió a colocar los ladrillos con mortero hecho de polvillo escarbado de las juntas. Se le humedeció de nuevo y se le mejoró con algo que le diera cuerpo y plasticidad. Cuando todos los ladrillos estuvieron colocados, se volvieron a poner los barrotes con retazos de cuchillas de afeitar como calzos para suplir la reducción de los cortes

de modo que se restableciese el sonido metálico normal de las requisas de barrotes. Entonces ya se pudo terminar aquel partido de ajedrez donde no era nada importante resultar ganador.

En la Circular 3 se planearon dos grupos de acción. Uno de ellos tendría a su cargo la toma de la torre central para desactivar los explosivos allí instalados. A tal fin se elaboró una soga fuerte con fibras textiles fuertes recuperadas de sacos y un garfio metálico múltiple. Ambos requerían fortaleza y capacidad para sostener el peso de un hombre y su maniobra de trepamiento y descenso. El grupo designado para ello hacía prácticas diarias con vistas a estar listos cuando llegase la ocasión, y tenía control del escondite de la soga y el garfio múltiple para no perderlos en una requisas.

Además, existía un segundo grupo que tenía preparado su acceso al túnel por uno o varios chavos ya probados este grupo se ocuparía de cortar el detonante de primacord y también el eléctrico.

Por supuesto, en todas las Circulares se había dispuesto un servicio de vigilancia continua, día y noche, para detectar cuando el momento hubiera llegado.

A esta altura cabe preguntarse si todos estos riesgosos trabajos hubieran sido eficientes para impedir la explosión de los polvorines sobre los cuales teníamos que vivir. No hay respuesta segura sobre ello. Pero lo que sí fue cierto es que hicimos lo que estaba al alcance de nuestra inteligencia y medios para defender nuestro derecho a la vida.

Después de este período, lleno de emociones y creatividad, se llegó necesariamente al momento en que nada más podíamos hacer, aunque teníamos una vida que continuar. Poco a poco se restableció la rutina de los días y de las actividades y la preocupación por los explosivos descendió al fondo de la conciencia como una terrible realidad que a ratos sobresaltaba pero que luego era sustituida por las urgencias de cada día. En esta época se trabajó sobre los militares que estaban en contacto con nosotros. Algunos de ellos poseídos por la fiebre revolucionaria, y en testimonio de su radicalidad, nos gritaban: «los vamos a volar a todos». Por nuestra parte les decíamos, tanto a los radicales como a los otros: «no estén tan seguros de que llegado el momento crítico en que decidan volarnos, les vayan a avisar a ustedes para que se retiren. Nosotros volaremos juntos».

La realidad era que los propios guardias también vivían con la preocupación de hacer postas diurnas y nocturnas en edificios listos para una explosión. Esto se ponía de manifiesto claramente cuando, a la vista de las postas, algún prisionero dejaba caer libremente desde los pisos altos, algún pedazo de papel o tela en llamas. Sobre todo en los primeros tiempos, hubo guardias que se alejaban corriendo de su posición en los edificios.

Los trabajos de desactivar los explosivos trajeron también un desarrollo artesanal. Alguna de las tuberías plásticas de la instalación del explosivo o pedazos sobrantes de la misma, así como de las instalaciones normales y en desuso de los edificios, recibieron el carácter de «tubos de dinamita» y pasaron a ser materia prima para la elaboración de anillos de identificación, que en el caso de ocurrir la descomunal explosión, servirían para identificar nuestros

cadáveres. En ellos aparecía el número de recluso de cada cual en aluminio incrustado al calor. Por su parte otros optaron por tatuarse el número en la piel, que llevaban hasta el día de hoy.

Claro, que a la distancia de los años transcurridos, y para muchos desde aquel mismo momento, se ve la futilidad de aquella preocupación, porque si aquellos edificios hubieran sido detonados nuestro entierro hubiera sido colectivo y con *bulldozers*.

Algo curioso, y por supuesto que planeado, fue que se nos dio autorización para enviar telegramas a nuestras familias, con la intención de que la noticia se supiera extraoficialmente.

De la reunión de Punta del Este no se derivó ninguna acción política efectiva que amenazara derrocar al régimen, sólo se acordó la expulsión de Cuba del organismo regional. Pero sí quedó una situación tensa en la que algún incidente podría desencadenar impredecibles consecuencias. De esta incertidumbre colgaba nuestro destino. Sin embargo la URSS y otros regímenes del Este comunista, continuaban su apoyo político y militar irrestricto al régimen cubano que, en definitiva, era su cabeza de playa en el continente americano. De más está decir, que por nuestra parte todos estábamos conscientes de que éramos piezas de poco valor y fácilmente sacrificables en el tablero mayor de la guerra fría.

La tensión política internacional que el régimen sentía sobre sí, también se traspasaba a toda la sociedad y al Presidio que significaba su oposición militante. Las otras cárceles de provincia también sufrieron las consecuencias de esta tensión.

Por un tiempo largo, se suspendieron las cordilleras de presos trasladados para Isla de Pinos. De febrero a mayo nuestra situación empeoró en todo sentido. Pero también la colectividad del Presidio despertó al hecho de que no podíamos esperar ningún apoyo internacional, y que la tirada sería larga. Y si eso habría de ser así, no se podía pensar en la cárcel como un simple tiempo de espera, había que capitalizar ese tiempo con la adquisición de conocimientos, el desarrollo de capacidades y la organización de nuestro entorno social y político.

Los traslados entre Circulares eran un método periódico que aplicaba el Ministerio del Interior para desarticular el medio en que el recluso se desarrollaba. El sentido de desarraigo resultante, debilitaba la actuación del recluso. Pero después de algunos años, el método ya daba pocos resultados, porque los prisioneros conocían a un gran número de reclusos y los traslados no aportaban ningún ambiente extraño para nadie.

Pocos días después de instalados los explosivos hubo traslados entre Circulares. De ellos resultó que la Circular 1 pasó a albergar a la mayor parte de los antiguos militares con grados, y a muchos conspiradores civiles de cierto nivel intelectual. Esta descripción no es absolutamente exacta pero, a grandes rasgos, sí es válida. Sin embargo, los traslados no detuvieron ninguno de los planes de emergencia para desactivar los explosivos en las cuatro Circulares.

El Presidio tuvo que crecerse en ese tiempo. El aparato de radio clandestino, que poseían y operaban los auténticos, nos mantenía informados y nos

traía las noticias de un mundo que se retiraba de la cuestión cubana, mientras concedía la permanencia del régimen comunista. Era duro asimilar esta soledad desde la difícil situación de una cárcel comunista. Habíamos creído que los luchadores por la democracia siempre habían podido contar con la simpatía y el apoyo de todos los hombres de buena voluntad del mundo, pero ahora sabíamos, por experiencia propia, que no era cierto. Sin embargo, el que la esperanza se nos hubiera alejado y convertido en una estrella lejana y pequeña, no excusaba los deberes que habíamos asumido ante nuestro pueblo, ante los pueblos hermanos de América Latina y ante el mundo.

Se organizaron clases de todo tipo, sobre temas culturales y políticos, se organizó el aprendizaje de idiomas, se impartieron conferencias de todo género, apareció prensa escrita manualmente, se celebraron cultos y servicios religiosos, servicio social de ayuda a compañeros cuyas familias no podían aliviar sus carencias. Se organizaron campeonatos de béisbol en el absurdo terreno circular de la planta baja. Hubo un campeonato de ajedrez cuyo ganador exigió que el diploma artesanal que se le diera, hiciera constar el mayor mérito de ganar un campeonato bajo la tensión nerviosa de edificios listos para explotar.

Aunque a uno le parece que se acostumbra al riesgo, el miedo sólo está dormido y hace su trabajo. Igual pasa con la esperanza que se eclipsa. El régimen hizo su parte maltratando con la alimentación y el escaso suministro de agua. Para mayo se declaró una huelga casi general del Presidio, que ni el pueblo cubano ni el mundo conocieron, por el control hermético que ejercía el régimen.

Dicha huelga de hambre fue sorpresivamente resuelta por concesiones de la dirección del penal. Dadas las experiencias anteriores y posteriores con el uso de la fuerza, dedujimos que debió haber motivos circunstanciales que nunca conocimos. El hecho es que tuvimos un verano más tranquilo, hasta el 8 de septiembre.

Ese día se produjo una requisita general. Las Circulares salieron al corral de requisas separadamente y por orden. En la Circular 2, se detectaron algunos barrotes cortados. Como era de costumbre, se llevaron a los residentes de dichas celdas para el pabellón de castigo, pero golpeándolos durante el camino. Un grupo de alrededor de veinte prisioneros presentó resistencia al regresar a su Circular hasta que los dos castigados fueran reintegrados a la 2. Pero la guarnición procedió de modo inmediato a atacar violentamente al grupo que protestaba. El grupo se defendió, pero la guarnición armada terminó por controlar la situación. Seguidamente, este grupo también fue mandado a caminar hacia el pabellón de castigo bajo una golpiza brutal. Los hechos ocurrían a mediodía y todas las Circulares que los contemplaban, estallaron en gritos de solidaridad por su compañeros abusados. Se tiraron envases de cristal, palos, piedras, etc., con fuertes gritos para que terminaran los golpes, pero la guarnición procedió entonces a respondernos con un tiroteo graneado. La Circular 1 y las otras, fueron entonces rodeadas a cierta distancia por militares que comenzaron a disparar hacia el interior por las ventanas enrejadas. El

fuego fue cerrado y duró cerca de un minuto continuo. También nos dispararon algunas bombas lacrimógenas. Se oía un silbido general de balas y chispas cuando éstas rebotaban en los metales de las barandas y la estructura de acero del techo. El instinto nos hizo encontrar rincones protegidos, y la suerte nos acompañó con sólo dos heridos leves. Pero estaba claro que no sólo había sido para intimidar sino también nos demostraron que estaban dispuestos a matarnos a mansalva.

Como se comprenderá, después de la experiencia con la huelga del mes de mayo, nos declaramos inmediatamente en huelga de hambre.

Al amanecer del día siguiente, vimos en la distancia polvorienta que se acercaba una caravana de tanquetas y camiones con guarnición al área del Presidio. Esta guarnición se veía diferente a la del penal. Venían en franco uniforme de campaña. Las tanquetas se detuvieron a cierta distancia de la Circulares 1 y 2 pero apuntando hacia las mismas con sus cañones. También se emplazaron nidos con ametralladoras calibre 50. Algunos helicópteros sobrevolaban al área del penal.

Dentro de las Circulares 1 y 2 no teníamos más que algunos pomos de cristal, que hasta resulta ridículo mencionarlos frente a una movilización con todas las de la ley y ya desplegada. El silencio contenido se rompió cuando un grupo de oficiales se personó en las dos Circulares, y comunicaron su decisión de hacer una requisita «pacífica». Ordenaron que todo el personal fuese trabajando ordenadamente a la planta baja, sin ninguna pertenencia y en calzoncillos. Al llegar a la planta baja vimos que no saldríamos al exterior, por lo que quedaríamos completamente desnudos durante todo el tiempo que durara la requisita. La tropa subió a los pisos en plan de agitación y presionaba para que los presos bajaran rápido. Ya en la planta baja y desnudos, nos arrinconaron en un área alejada de la entrada a la Circular. La tropa era desmesurada y con sus armas demostraba estar lista para el zafarrancho. Cuando todos estuvimos abajo, la guarnición avanzó con bayoneta calada en sus fusiles como presión para reducirnos a un mínimo espacio. Y allí quedamos apretados, y tratando de evitar el contacto con los cuerpos vecinos.

Entonces empezó la requisita, que consistía, más o menos, en vaciar todas las celdas. Comida, ropa, libros, medicinas, platos, cucharas, cepillos de dientes, correspondencia guardada, fotos similares, banquitos para sentarse, sábanas, frazadas, zapatos, etc., hasta las camas abatibles del penal fueron lanzadas abajo. Por suerte cuando bajaron al cuarto piso, dieron la orden de no seguir botando las camas. En aquel tiempo el suministro de agua era muy malo, y teníamos que pedir depósitos metálicos a nuestras familias para almacenarla cuando venía.

Ese día, nuestros latones de aluminio eran lanzados al vacío y producían una explosión de agua al reventarse contra la planta baja. Los escombros en la planta baja crecían como una cordillera de desastre, mientras pasaban las horas.

Entretanto, habíamos logrado sentarnos en el piso rústico y siempre sucio de la planta baja. Teníamos guardias al frente y también a nuestras espaldas en el primer nivel de celdas, que nos vigilaban; no teníamos permitido hablar ni mirar para atrás. El castigo de ello era ser sacados del grupo y obligados a

acostarnos boca abajo sobre el agua o la suciedad que hubiera. No nos tiraban despojos encima, pero sí se sentía una llovizna de no sé que aguas. La parte donde estábamos confinados coincidía con un eje de letrinas que en algún momento recibieron una presión inusual de agua que fluyó, arrastró excrementos y cayó desbordada sobre nosotros.

Cuando terminó el vaciado de las celdas, procedieron a sacar todos los escombros de la Circular a fin de que no pudiéramos recuperar nuestras pertenencias.

Esta situación duró desde la 6:30 a.m. hasta las 8:30 p.m. Catorce horas de incertidumbre, desnudez, incomodidad y vejaciones de todo tipo que serán inolvidables para quien las padecemos. ¿De dónde salieron esos cubanos que sólo dos años atrás habían combatido por la libertad y la dignidad del pueblo de Cuba? Sin embargo, ese día también tuvimos victorias: no encontraron el radio y el sabotaje de los explosivos se mantenía intacto.

A las 8:30 p.m. se fue retirando la tropa y se nos permitió, por fin, subir a los pisos. Estábamos extenuados, aturdidos. Sabíamos que sólo subíamos para contemplar el desastre de nuestras celdas. Lo confirmamos al verla, pero también con alegría vimos alguna ropa interior, un short, quizás un pantalón en el suelo y con ello pudimos cubrir nuestra desnudez. El agua siguió cayendo en cascada por los pisos. Al poco tiempo entró la carretilla con la comida; no teníamos ni plato ni cuchara. Para muchos esa noche la comida no era tan importante.

Esa noche supimos que sólo dos Circulares habían sido requisadas. Dada la cantidad de guarnición involucrada, era sensato que fuera así. Pero al día siguiente, temprano también, comenzó el mismo proceso, esta vez para las Circulares 3 y 4. Ya ellos sabían lo que les esperaba, más no por ello debe haber sido menos traumático.

Por nuestra parte, carecíamos de todo y aún seguiríamos careciendo de muchas cosas por un largo tiempo. La guarnición permitió a algunos, recoger de entre los escombros algunas cosas de primera necesidad. Así volvimos a tener un plato de aluminio, una cuchara y un jarro con qué comer, beber y continuar nuestro arduo camino.

Con el tiempo supimos que hubo mucha represión también en otros establecimientos penitenciarios. Especialmente en la fortaleza de La Cabaña y en el Castillo del Morro alrededor del 30 de agosto. En esos días el régimen reprimió una extensa conspiración dentro de las Fuerzas Armadas. Se estima que hubo más de 300 militares fusilados a lo largo de la Isla sobre lo cual el régimen mantuvo y sigue manteniendo un absoluto silencio. Posiblemente, la coincidencia aproximada en tiempo, despertara sospechas de que nuestra protesta podía estar conectada a una acción de la conspirativa militar.

Una novedad, que apareció como consecuencia de «La Pacífica», fue la orden de desalojar todas las celdas del primer nivel, que debían quedar vacías y el personal que la ocupaba debía ser reubicado en los demás pisos. Con esto trataban de proteger su instalación de explosivos de cualquier sabotaje. Pero ya estos trabajos estaban realizados.

Septiembre y los primeros días de octubre, fueron tiempos de intentar rehacer nuestras prácticas y rutinas. No pasaron mucho días antes de que estuviéramos nuevamente al borde de la explosión. En esta ocasión con mucha mayor gravedad e inminencia. El mes de octubre tenía preparada una sorpresa para nosotros y para el mundo entero.

Los acontecimientos fueron conocidos por todos y están en la historia para perdurar. Las dos grandes potencias de entonces, instalaron la «guerra fría» por su supremacía política. Habían tenido confrontaciones en diversas latitudes y continentes, pero la mayor de todas se dio en América, a noventa millas del territorio de EE.UU., con la llamada «Crisis de los Misiles». Nunca estuvo el mundo más cerca de una conflagración nuclear.

Castro había sido una bendición para la antigua URSS. Era su base en América. La URSS fue una bendición para Castro, porque lo respaldaba y lo hacía menos vulnerable.

El mismo día que empezaron los incidentes de «La Pacífica» en el Presidio Modelo de Isla de Pinos, el 8 de septiembre, también comenzaron a desembarcar los cohetes militares soviéticos en Cuba. Un mes después, el presidente John F. Kennedy conoció su instalación y comenzó oficialmente la crisis.

En el presidio, nos enteramos al mismo tiempo que la comunidad internacional a través del radio clandestino que se guardaba como un tesoro. No era nada difícil comprender la gravedad del momento para el mundo; pero con toda seguridad el mundo no comprendía la mayor gravedad que constituía para nosotros. Más que nuclear, el peligro nuestro era de explosivos convencionales, pero muy inmediatos. Creíamos que ya nos habíamos acostumbrado a la vecindad del TNT, pero ahora comprobábamos que su regreso al primer plano de la conciencia, era insostenible. Aunque justo es decir, que también sentíamos un alborozo de vísperas de algo muy esperado y por lo que nos habíamos sacrificado mucho.

El derribo del avión norteamericano U-2 fue otra vuelta a la rosca de la crisis. La tensión era constante y creciente. Y eso que entonces no conocíamos del mensaje que Castro envió a Jruchov, y que fue desclasificado años después, proponiéndole que la URSS sorprendiera con el primer golpe nuclear. En él manifestaba su conocimiento y conformidad de la segura aniquilación de Cuba y del pueblo cubano, pero que él lo aceptaba en beneficio del ideal del socialismo.

Todas las Circulares fueron rodeadas con preparativos militares, ametralladoras calibre 50 y cincuenta bazukas, dirigidas contra nosotros. También instalaron por todo el polígono del presidio estacas aguzadas que apuntaban hacia arriba, con el fin de impedir una posible acción de rescate con planeadores y paracaidistas.

Durante algunos días de esa crisis vivimos varias noches de absoluta oscuridad, porque las autoridades del penal apagaban todas las luces del presidio, incluyendo los dos bombillos de 500 bujías colocados sobre la torre de vigilancia central, que era toda la luz de que disponíamos normalmente los 1,500 hombres de cada Circular.

También nos obligaban, con amenazas de dispararnos con sus fusiles, a apagar las velas o chismosas que nos ingeniábamos para tener un poco más de luz.

Varios presos habían corrido algunas tejas de fibrocemento del techo, con el fin saludable de tomar el sol, pues estábamos muy pálidos y sólo salíamos cuando nos hacían una requisa. En estos días de crisis, les exigieron con amenazas, que cerraran estas aberturas en el techo para que no pudiéramos poner luces de situación a cielo abierto, como de verdad se intentó.

Desde las Circulares, veíamos en la oscuridad todo lo que abarcaba nuestra vista. Aunque a ratos, percibíamos como abanicos de claridades muy tenues sin que se lograra ver qué fuente de luz los originaba.

La radio estaba funcionando. A cualquier hora de la noche o la madrugada, a tientas por los pisos, llegaban compañeros con la última información, que nos daban en voz baja. Así supimos del ultimátum del presidente Kennedy. Teníamos que mantenernos muy alerta y conocer cuanto antes lo que podría suceder, para hacer lo que estuviera a nuestro pobre alcance. Comprendíamos que estábamos precisamente en la cima del peligro.

La respuesta de Nikita Jruchov fue la lógica de un estadista y permitió al mundo respirar. También nosotros respiramos. Es necesario y justo decir que los prisioneros políticos cubanos estuvieron a la altura de su situación. Con estoicismo y dignidad afrontaron el peligro supremo sin que les flaqueara la voluntad. Y los que estábamos allí, sabemos que no queríamos morir, pero la prioridad de la gran mayoría era la solución del problema cubano aunque nos costara el sacrificio de no verlo.

La inmediata desactivación de los explosivos, tras el compromiso ruso de retirar los cohetes, fue un índice inequívoco de que Castro conoció la existencia de acuerdos que estabilizaran la permanencia de su régimen en Cuba. Para nosotros esto significaba otro golpe de esperanza.